

La cinta blanca

¿Por dónde empezar? ¿Qué palabras escoger para iniciar la que era, sin lugar a dudas, la carta más difícil a la que jamás se hubiera tenido que enfrentar? ¿*Estimados*? Excesivamente formal. ¿*Queridos*? Ojalá. Pero no, demasiado...cercano. ¿Un simple *Buenos días*? ¿Buenos para quién? Volvió a leer la fecha, arriba, a la derecha, la única mácula del folio en blanco después de horas sentado frente a él. Tenía que empezar, no podía demorarlo más. Un párrafo. Solo eso. Un hilo del que poder tirar después.

Mamá y papá.

No tuvo dudas en cuanto al orden. Sabía que sería su madre quien abriría el buzón, quien recogería las cartas, esta carta, quien buscaría sus gafas hasta descubrirlas en el lugar más inesperado. Sería ella quien la enseñaría a su padre, quien la leería en voz alta mientras él clavaba su mirada en las fotografías que decoraban las paredes del salón.

Hace mucho tiempo que no sabéis nada de mí. Quiero que sepáis que estoy bien.

Los días pasan rápido aquí...

Un golpe metálico lo devolvió al presente, un estruendo sacudiendo la habitación. Escuchó una voz ronca decir:

-¡Doscientos cuarenta y seis! ¡Al patio! Tienes una hora.

La enorme puerta se abrió con un chirrido y la claridad del pasillo inundó la celda.

La mañana era fría. El vaho ascendía por encima de cada cabeza formando pequeñas nubes que se desvanecían en el aire. El sol del invierno brillaba y los presos se alineaban en pequeños grupos diseminados por el patio en busca de la calidez de los rayos. Él estaba solo, sentado sobre el suelo, la mirada alzada hacia el cielo, más allá del

alto muro coronado por alambre. Cerró los ojos e intentó adivinar qué habría al otro lado, pero su imaginación o, mejor dicho, su memoria, solo le brindaba la imagen de una frondosa haya.

-¿Cuándo te largas?

La voz le sacó del ensimismamiento. Abrió los ojos y contempló frente a él la oronda figura del Manteca, así lo llamaban por su capacidad para seguir engordando a pesar del encierro. Se sentó a su lado. No era su amigo, tampoco su güey o su socio. Simplemente un tipo con el que coincidió un día en un turno de lavandería y que desde entonces se le pegaba para compartir su incontinencia verbal. Pero a fuerza de costumbre le había llegado a coger, no cariño, eso no, cierta simpatía. No sabía qué le habría llevado allí, nunca le había preguntado, al igual que no permitía que le preguntaran a él.

-La semana que viene.

-¿Y qué vas a hacer? ¿Dónde vas a ir? ¿Qué tienes pensado?- le interrogó el Manteca. Silencio.

-Seguro que eres el único preso que no tiene planes para cuando salga. Eres un tío raro, doscientos cuarenta y seis. Por eso me caes bien. Te echaré de menos cuando te vayas.

“Yo a ti no. A nadie”, pensó él mientras cerraba los ojos y flotaba entre recuerdos.

De regreso a la celda se sentó de nuevo en el escritorio y tomó el lápiz. Mañana a primera hora recogerían el correo. Ya no habría más envíos hasta dentro de siete días, pero para entonces él ya estaría lejos de aquí. Tenía que terminarla.

Hoy me he acordado del haya. Estará mudando la hoja a estas alturas del año.
¿Te acuerdas, papá, cuando me hiciste el columpio con aquella rueda de tractor?
¿Recuerdas, mamá, aquel verano en el que me caí desde sus ramas y me rompí el brazo por tres sitios?

Sonríe al recordarlo. Fue una de las primeras veces en que trepó por el haya, mucho antes de descubrir que el árbol era la mejor escalera para entrar o salir de su cuarto en plena noche sin que nadie lo descubriera. Pero para entonces ya no era un niño.

Saldré la semana que viene.

¿Cómo pasó? ¿En qué momento dejó de ser feliz en casa? ¿Cuándo se sintió hechizado por la noche, por la calle, por lo desconocido?

Los informes de la prisión son positivos y el juez considera que estoy rehabilitado, por lo que ha decidido adelantarme la provisional. He pagado mi deuda, sentencian.

Suspiró. Los amigos. O eso creía entonces. Cuando uno es adolescente y quiere ser el más valiente. ¿Te atreves? Del juego a la broma. Y de ahí a traspasar la primera de muchas líneas imaginarias. Nuevos tipos, dinero fácil, esquinas y choques de manos casuales, las preguntas, ¿de dónde has sacado ese dinero?, y los portazos y los gritos.

El asistente social dice que puede conseguirme un trabajo en la ciudad. Es un programa especial para quienes muestran buen comportamiento. Una habitación en un piso tutelado y un oficio para volver a empezar.

Y entonces recuerda la noche, ¡alto!, escondiéndose entre las sombras, ¡detente!, perseguido por los destellos azules, la carrera, la respiración entrecortada, la madera del haya entre sus uñas mientras trepa para esconderse debajo de la manta. Pero lo habían encontrado. El furgón en la carretera, ¿qué pasa?, los agentes saltando la valla con la luna

por testigo, ¡no es posible!, golpeando con sus manos la puerta, ¡pero si es solo un crío!, las manos esposadas en la espalda, ¿dónde lo llevan? Las lágrimas de su madre... Y es entonces, por primera vez en años, cuando siente la necesidad de soltar, aunque sea de un solo tajo, ese nudo que le oprime.

...lo siento. Siento todo el daño que os he causado. Fui un imbécil y he merecido cada día que he pasado aquí. Yo he llevado la vergüenza a vuestra casa. Por eso quería desaparecer. Eso es lo que he deseado durante todos estos años.

Le hubiera gustado ser fuerte, dejarlos en paz para siempre. Pero no podía. Ya no.

Os echo de menos cada día, cada hora, cada minuto desde que entré aquí. Echo de menos el pueblo, la casa, el jardín, el árbol. Sé que os fallé y no pretendo reabrir heridas, pero necesito comprobar que estáis bien para volver a empezar. Mamá, papá, el próximo miércoles saldré de aquí. Tomaré el autocar de línea que va a la ciudad, el que pasa cada día poco después de las doce por la puerta de casa. Si sois capaces de perdonarme, colgad una cinta blanca de tela en el haya. Si la veo, bajaré en el pueblo e iré a veros. Si no es así, no os preocupéis: yo tampoco me he perdonado.

La calle. Camina con pasos vacilantes, el petate sobre el hombro, hacia el autobús detenido al pie de la carretera.

-¿A dónde vas?- le pregunta el conductor sin levantar la cabeza. Pero no lo sabe.

-Deme un billete para la ciudad- acaba por decir, y su voz le parece la de un extraño.

A través de la ventana ve alejarse la que había sido su casa durante los últimos años. Es libre. Pero le da igual. Porque la justicia es una cosa, pero la conciencia es otra bien distinta. Y para esa no existen atenuantes por buen comportamiento.

Nota que algo golpea su pierna. Se agacha y descubre un peluche que ha rodado hasta su asiento. Al volverse encuentra clavados en él los enormes ojos de una niña pequeña, cuatro o cinco años, sentada junto a su madre.

-Creo que esto es tuyo- dice mientras se lo tiende por encima de los reposacabezas.

-Gracias. Soy Paula. ¿Cómo te llamas tú?- le pregunta sin dejar de mirarlo.

Va a contestar, pero en ese preciso instante se da cuenta. Ya no es el preso doscientos cuarenta y seis. Vuelve a tener un nombre: el que le puso su madre cuando lo acunó por vez primera sobre su pecho instantes después de nacer. Tiene de nuevo un apellido: el que le entregó su padre y que este había recibido a su vez del suyo.

-Jesús. Soy Jesús Balbás- contesta. Es Jesús Balbás y quiere regresar a casa.

Tras un largo viaje en el que no puede conciliar el sueño, reconoce al pie de la carretera el destartalado cartel blanco con letras negras, el baile en su estómago se lo confirma, y comprueba cómo el conductor toma la salida. En la siguiente curva estará su casa. Clava la mirada a través de la ventanilla y por primera vez en mucho tiempo ruega a Dios. Una cinta, solo necesita eso, una cinta blanca colgada de un árbol.

El autobús gira pesadamente, son calles estrechas. Él aprieta sus puños, el corazón trotando, a punto de salirse por la boca. Y entonces la ve. El haya. El árbol de la familia. Pero sobre ella no hay una cinta blanca. No. Son decenas, centenares, miles de cintas que ondean desde cada una de sus ramas como hojas danzando al son del viento.

-Mira, mamá, ¡qué bonito!- dice la niña en el asiento de atrás mientras señala a través de la ventana.

Pero eso él, Jesús, no lo escucha. Porque justo cuando la rebasan, cuando la dejan atrás, entre las lágrimas que brotan de sus ojos, descubre algo bajo la enormidad blanca del árbol, junto a la verja que separa carretera y casa. Dos sonrientes ancianos que en sus manos sostienen más y más y muchas más cintas de tela de color blanco. Entre lágrimas, Jesús sonríe. Es libre. Pero, sobre todo, es feliz.